



Platón avisando de la tendencia a ver sombras en vez de la realidad porque es más cómodo. Kant apela a la rectitud de conciencia y a mantener las normas universales del comportamiento, porque benefician a la sociedad, mientras que la mentira va destrozando la convivencia.

En la Galería de los Uffizzi de Florencia se encuentra el famoso cuadro de Botticelli sobre la calumnia que equivale a un tratado sobre estos pecados. La historia es la siguiente: Apeles fue el pintor elegido por Alejandro Magno para perpetuar su imagen como deidad, fue acusado de traición por un pintor envidioso y encarcelado por ello, aunque después se descubrió la verdad contra esa calumnia. Aparecen algunos personajes como: Calumnia en figura femenina que arrastra a Apeles tomado por la melena, lo mismo la Sospecha, la Ignorancia, el Rencor, la Envidia, todas ellas ante el rey Midas, mientras en la parte más alejada se encuentra la Penitencia y la Verdad.

Cuando el sabio señala las estrellas el necio se detiene en el dedo, reza el dicho popular. Solo el hombre puede renunciar a la visión de conjunto como inclinación natural de la inteligencia, y prescindir de lo esencial mientras se emborracha de lo accidental. Vivimos tiempos de necesidad: intelectuales orgánicos que se venden a la ideología renunciando a la verdad; artistas que prostituyen la belleza y provocan para ganar fama; políticos cegados

por el sectarismo y sin un mínimo de ética; y hasta jóvenes que no quieren saber que están manipulados. Sin embargo, para tener visión de conjunto hay que elevarse con esfuerzo y sacrificar algo. Por ahí deberían ir las leyes de Educación en busca de una excelencia que todos podrían alcanzar en diverso grado, pues la fortuna premia a los esforzados o audaces (*fortunaiuvat audaces*), decían los romanos.

Otro dicho conocido es que *vivimos a hombros de gigantes*: son los sabios que nos han precedido y transmitido la cultura: Sócrates, Aristóteles, Cicerón, Tomás de Aquino, Dante, Leonardo, Erasmo, Bach, Kant, Ortega, y tantos otros. Por eso son necios los que quieren cambiarlo todo, y buscan hacer tabla rasa de la historia, de la ética, del humanismo, y de la cultura cristiana.

LA MENTIRA Y SUS HIJOS

En palabras de Jesús la mentira es una obra diabólica: *Vuestro padre es el diablo...*

porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira (Juan 844). Lo específico de la mentira es la falta de adecuación entre las palabras o hechos y el pensamiento del sujeto, con independencia de que otros efectivamente se engañen o no. Unas mentiras se dicen o hacen para beneficio propio, y otras para perjudicar a otros o a sus intereses.

En nuestro mundo globalizado y en permanente conexión, donde las ideologías manipulan e impera tantas veces el anonimato, se destruye la reputación de personas e instituciones, hasta llegar al poder sin los requisitos democráticos. El respeto a la reputación de las personas prohíbe toda actitud y toda palabra que puedan causarles un daño injusto, porque el derecho al honor y a la buena fama tanto propia como ajena, es un bien más precioso que las riquezas, y de gran importancia para la vida personal, familiar y social.

Enseña el Catecismo que una afirmación contraria a la verdad posee una gravedad particular cuando se hace públicamente. Ante un tribunal viene a ser un *falso testimonio*, y cuando es pronunciada bajo juramento se trata de *perjurio*, y hay obligación de reparar el daño causado.

La especial importancia del **perjurio** reside en que la persona peca no sólo contra el octavo mandamiento -lesionando la veracidad y la justicia- sino también contra el segundo, al poner a Dios por testigo de una falsedad. Este pecado, como toda injusticia manifiesta, comporta la obligación de reparar el daño causado. Más vale prometer en un acto solemne que cometer perjurio aunque no sea persona creyente, porque no se trata de una norma

moral de los católicos sino norma de ley natural para todos.

Al convivir y trabajar con tantas personas, familiares, amigos, vecinos, pueden cruzarse en la mente juicios precipitados contra algunos de ellos, y suelen manifestar nuestra postura ante una persona determinada. La madurez personal, la experiencia de nuestros errores, y la caridad, llevarán a suspender el juicio incipiente y frenar la imaginación. El **juicio temerario** se da cuando, sin suficiente fundamento, se admite como verdadera una supuesta culpa moral del prójimo, por ejemplo, juzgar que alguien ha obrado con mala intención, sin que conste así. Ayuda mucho recordar el consejo serio de Jesucristo: *No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis, y no seréis condenados* (Lucas 6,37).

La **difamación** es cualquier atentado injusto contra la fama del prójimo: puede ser como detracción o maledicencia; y también como **calumnia**, que consiste en atribuir al prójimo pecados o defectos falsos. Esta calumnia encierra una doble malicia: contra la veracidad y contra la justicia, y es tanto más grave cuanto mayor sea la calumnia y cuanto más se difunda.

Quien ha caído en la difamación, ya sea murmuración o en la calumnia, está obligado a poner los medios posibles para devolver al prójimo la buena fama, en la que injustamente ha sido lesionado. Afirman los moralistas que se han de **reparar** cuanto antes también los daños materiales, que eficaz y culpablemente se han seguido de la difamación si se habían previsto, al menos confusamente. ¡Qué lejos queda esta actitud moral de justicia en una parte de la vida política actual!

Por eso tienen mérito aquellos agentes de información y de opinión que se esfuerzan por ser veraces, contrastar las noticias, y respetar la **presunción de inocencia**, derecho de todas las personas. Su lucha puede parecer desigual pero deben saber que una conciencia tranquila vale más que algún éxito informativo.



La información es un **servicio** al bien común pues la sociedad tiene derecho a la información fundada en la verdad, en la justicia y en la caridad y, además, no todo el mundo tiene que estar enterado de todo, y menos de la intimidad ajena. Actualmente son frecuentes estas ofensas a la verdad o a la buena fama en algunos medios de comunicación, y también las falsas noticias y manipulaciones que ocultan la verdad, sin olvidar los intentos de recortar la libertad de esos medios.

También por este motivo es necesario ejercitar un sano espíritu crítico al recibir noticias de los periódicos, revistas, o televisión, porque una actitud ingenua o *credulona* lleva a la formación de juicios falsos. Siempre que se ha difamado en cualquier medio público existe obligación de poner los medios posibles para devolver al prójimo la buena fama que injustamente se ha lesionado.

Hay que evitar la cooperación en estos pecados. Cooperar a la difamación, aunque en distinto grado, el que oye con gusto al difamador y se goza en lo que dice; el superior que no impide la murmuración

sobre el súbdito, y cualquiera que aun desagradándole ese pecado, por temor, negligencia o vergüenza, no corrige o rechaza al difamador o al calumniador, y el que propala a la ligera insinuaciones de otras personas contra la fama de un tercero.

Una sociedad digna del hombre tiene que estar construida sobre la verdad acerca del hombre mismo, de la familia y de las relaciones humanas. En este sentido, la doctrina cristiana ofrece una antropología realista que reconoce que todas las personas son criaturas de Dios, con igual capacidad para conocer la verdad y adherirse al bien, para responder libremente a la misión santificadora de este mundo y para establecer relaciones estables de fidelidad. Esta concepción esperanzada del ser humano es una luz creativa para cualquier cultura, sobre todo en tiempos de dudas acerca del ser humano y de escepticismo sobre la verdad objetiva capaz de edificar una sociedad sobre el sólido fundamento de la verdad.

Jesús Ortiz López



¡SAN JOSÉ, MI PADRE Y SEÑOR!

La Iglesia entera reconoce en San José a su protector y patrono. A lo largo de los siglos se ha hablado de él, subrayando diversos aspectos de su vida, continuamente fiel a la misión que Dios le había confiado. Por eso me gusta invocarle con un título entrañable: Nuestro Padre y Señor (San Josemaría).

San José, mi Padre y Señor, llama la atención la facilidad con la que reconoces y asientes a la **Voluntad de Dios**. Quizá el secreto de tu **fe** y de tu obediencia está en las palabras del Evangelio: *Era justo*. Justo, en el lenguaje de la Escritura, es

el hombre que, de todo corazón, quiere conocer y hacer la voluntad de Dios.

San José, mi Padre y Señor: Siempre he oído que, con su nacimiento en un establo, Jesús quiere enseñarnos, desde el primer instante, a amar la **pobreza**. Dios, Creador y Señor del universo, Rey de reyes y Señor de señores, ¿se hace hombre y tiene por cuna un pesebre! Jesús, María y tú vivisteis siempre gozosos esa virtud que nos da el título de personas libres. **Tú, que eres maestro de todas las virtudes**, enséñame y ayúdame a ser pobre de verdad. La pobreza es,

